

CAYUCO 3000

Ron abre los ojos y mira hacia arriba. El cielo está azul, inmensamente azul. Parece limpio de nubes. Una ráfaga de agua salina cae sobre su rostro barbudo y lo termina de despertar.

—!Kevin, Kevin! ¿Sigues ahí? —grita desesperado. Su voz parece un gruñido casi imperceptible.

Con gran esfuerzo se sienta sobre el suelo de madera mojada. Carraspea y escupe restos de sal, saliva y flema pegados a su garganta. Le escuece como masaje hecho con papel de lija. Levanta la mirada y ve a Kevin a un metro escaso. Tiene los ojos cerrados y una ligera sonrisa. El agua cubre parte de su rostro. Entra y sale por la nariz al compás del balanceo con que las olas del mar remueven la barcaza donde se encuentran. Ron agarra al amigo por la solapa de la cazadora de cuero, lo aúpa liberándolo del agua y lo observa triste durante un largo minuto. Busca un rastro de vida en la cara picada de cortes, moratones y astillas, en los labios blancos y húmedos, en la boca de donde cuelga un hilillo de agua corriente, en las orejas: una blanca y otra morada. A pesar de su aspecto, Kevin sigue sonriendo.

Una mano se apoya sobre el hombro de Ron, que se revuelve violento.

—¡Oh señor, perdón señor! No querer molestar. Su amigo durmió y pienso que no despertar nunca más.

Ron examina con gesto de sorpresa al hombretón apostado frente a él. Su rostro es una mancha de color negro sobre el cielo azul del que apenas logra distinguir los ojos bañados por hilillos de sangre y los labios blancos y agrietados. Tiene pantalones y chubasquero totalmente mojados, pegados a un cuerpo que se adivina poderoso. Su voz temblorosa indica que no se encuentra bien.

—¡Señor, señor! Su amigo tener que dejar barco. No hacer nada con nosotros. Barco, muy poca gasolina. Estar perdidos. Nosotros dirección noroeste. Esperar rescate.

Ron asiente y desplaza su mirada embobada al pequeño motor fueraborda que comanda el imponente negro. Se acopla lo mejor que puede sobre la curvatura del barco tratando de no mojarse en exceso con los mas de 10 centímetros de agua que copan el fondo. Coloca la cabeza de Kevin sobre su regazo mientras le acaricia el pelo mojado. No logra entender porqué está en la barca acompañado de un hombre negro. No tiene fuerzas para llorar por su amigo, ni para reaccionar. Observa a otros dos negros situados

frente a él achicando agua cansinamente. El ronroneo perezoso del motor y el movimiento mecánico de lo dos hombres hacen que Ron se vaya adormilando. Tiene un sueño de cinco breves segundos donde contempla el movimiento del motor de un coche en el cual los pistones suben y bajan, explotan y chispean.

—¡Señor, señor! —repite de nuevo el negro fornido despertando a Ron—. No perder más tiempo. Tirar cuerpo al agua. Menos peso, antes llegamos. ¿Adónde? No saber, pero mejor.

En el cayuco solo quedan Ron, el cadáver de Kevin y cinco hombres negros con ropas baratas, mojados hasta los huesos. Dos de ellos discuten acalorados en la proa del barco. Se empujan, se amenazan. Uno muestra un palo de madera. Otro de los que sacan agua del barco intenta separarlos. Recibe un fuerte golpe en la cabeza y se desmaya. El compañero que ayudaba a achicar agua parece despertar de un sueño al verlo caer a su lado malherido. Deja el cubo con agua y abriéndose paso entre los dos que se pelean va hacia el cadáver de Kevin. Comienza a tirar de una pierna para llevárselo consigo. Ron, muerto de miedo, se aparta del cuerpo a la vez que saca con disimulo una pequeña navaja dispuesto a vender cara su vida. La cosa no parece ir con él. El cadáver es arrastrado hacia el fondo del cayuco y los tres hombres que quedan empiezan a manosearlo y a rebuscar cosas de valor en sus bolsillos como hienas despedazando los restos de un animal. Uno arranca con violencia el reloj de pulsera Tag Heuer. Lo alza hacia el cielo como si fuera un trofeo. Grita, aúlla, chilla. Se siente el hombre más afortunado del mundo. Ron cree ver a contraluz la réplica de la estatua de la libertad sobre la proa del cayuco. Le trae recuerdos de fiestas, mujeres, coches, rayas de coca, hoteles de lujo, todo ello en otros cinco larguísimos segundos.

Un fuerte puñetazo, cual roca de granito, cae sobre el rostro del negro con el reloj. Le remueve la mandíbula como si fuera plastilina y pone los ojos en blanco. La cabeza parece volar y choca contra la madera. El reloj sale despedido por los aires y cae al mar. Mamhadou, el hombre que había hablado con Ron, el hombre que pilotaba el cayuco, el negro imponente y musculado, grita una palabras ininteligibles en wolof haciendo que todos agachen la cabeza y miren temblorosos al suelo. Mamhadou se vuelve hacia Ron y le habla suavemente.

—Señor, tirar cuerpo de amigo. Sólo quieren ropa. Ropa buena calidad. Buena.

Ron, acongojado ante la mirada fría y los ojos inyectados en sangre, asiente con la cabeza. Mamhadou da las gracias con una amabilidad exquisita y se gira para dar

indicaciones. Como tortugas saliendo de la concha asoman la cabeza los compañeros y comienzan a hacer reverencias, a pedir su mano para besarla.

Aligerado el cadáver de Kevin, uno de los negros coloca la ropa al sol sobre los asientos de madera: dos pantalones, dos camisetas, una sudadera, una cazadora y un chubasquero; todo de marca. Otro negro limpia las heridas al que trató de parar la pelea y al ladrón de relojes. Este último, finalmente, no sobrevive al duro golpe recibido.

Diez minutos más tarde, dos cadáveres: uno blanco y otro negro, ambos en calzoncillos, se agolpan pegados en la parte delantera del cayuco. El agua almacenada en el fondo les cubre medio cuerpo. Mamhadou saca un pequeño libro y dice unas oraciones antes de ser tirados por la borda. Ron contempla cómo ambos cuerpos flotan y terminan engullidos por el mar que en ese momento de calma chicha transmite una paz y un silencio difíciles de imaginar minutos antes. Sin articular palabra se despide de Kevin. Levanta un poco la mano. No puede derramar una sola lágrima harto como está de la sensación de humedad. Se recuesta de nuevo sobre la barcaza. Nervioso piensa en la extraña sonrisa con la que su amigo se despidió de éste mundo. Al momento, se dirige a Mamhadou.

—Mamhadou, necesito que saques el GPS. Necesito que nos localicen inmediatamente. ¡No aguanto más, quiero salir de aquí!

—Señor, usted y su amigo tirar mochila, teléfono, GPS, al mar.

—Pero eras tú quien la llevaba encima.

—Ustedes quitar mochila a mí —replicó Mamhadou enfadado.

—¡No es posible! —grito Ron.

—Señor, ustedes frenar motín de viajeros. Quitar mochila, quitar pistola, disparar contra negros. Eso no bueno.

—Se lo merecían, hijos de puta.

—¡Su amigo loco! —gritó Mamhadou señalando la sien con un dedo—. Tira todo al mar menos pistola, mía, aquí, en mi pantalón. Yo pegar fuerte a su amigo. —Mamhadou saca un pequeño frasco del bolsillo—. Además, su amigo irse antes de tiempo.

—¿De qué me estás hablando?

—Su amigo bebe esto. —Mamhadou enseña a Ron un bote de cristal. Sobre un pequeño papel se lee “Morphine”. Ron lo coge, lo mira y remira una y otra vez. Está vacío.

—Bastardo. ¿Cómo me has hecho esto Kevin? ¿Qué fue de nuestra promesa? No me puedes dejar aquí solo en esta mierda de barco. Dios mío, quiero irme, quiero que alguien me ayude. —Ron siente ahogarse, una gran sequedad de boca—. ¡Agua, por favor! ¡Dame agua, Mamhadou! —suplica cogiéndolo del brazo.

—Señor, ustedes saltar reglas de juego, ustedes no merecer estar aquí. La organización expulsar a usted y nunca participar más en aventura.

—Yo tengo dinero Mamhadou, montañas de dinero —grita Ron desesperado—. Tanto dinero como para cubrir a ti y a tu familia de monedas cuando lleguemos a la isla. Puedo hacer lo que quiera y... y ¡dame agua de una vez, joder!

—Señor, sólo tener media botella de agua y no sé si salir vivo de esta aventura.

—¡Dame agua, cabrón! —Ron se postra amenazante ante Mamhadou. Saca la navaja. Mamhadou lo mira tranquilo de arriba a abajo, sin inmutarse— ¡Dame agua o te mato, negro cabrón!

Ron recibe un golpe por la espalda que lo tumba en el suelo. Desquiciado y mareado da media vuelta. Contempla impotente, como dos de los negros le agarran por las piernas y lo arrastran hacia la popa del cayuco. Los cinco golpes acompasados de su cabeza contra el suelo mojado lo adormilan de nuevo. Vuelve a sus sueños de pistones y bielas que a cámara lenta mueven un motor de ruido ensordecedor.

El mar sigue en calma. El cayuco continúa su lenta marcha al ritmo de los petardazos del motor. La embarcación es conducida rumbo a la puesta de sol. Dos negros desnudan a Ron.

(Sintonía de noticiero de televisión)

Una periodista de televisión habla a cámara:

—Hace poco más de media hora ha llegado un nuevo cayuco con cuatro supervivientes subsaharianos en estado de shock y un cadáver de raza blanca. Se trata de la tercera embarcación que llega a las islas en los últimos días, con gente de raza blanca infiltrada en el pasaje. Se cree que participan en una apuesta de acaudalados ansiosos de nuevas experiencias. El cadáver es del multimillonario Ron Morley, desaparecido hace tres años después de un accidente en la carrera de coches ilegal, Gumball 3000, donde impactó frontalmente contra otro coche en el que viajaban un hombre de 67 años y su esposa, que fallecieron más tarde. Tras el suceso se dio a la fuga. Hasta ahora, la Interpol no había tenido conocimiento de su paradero. Se cree que

su compañero Kevin Mc Conville, también huido, formaba parte de la expedición de este cayuco que salió de Mauritania hace más de ocho días junto a otros cuarenta subsaharianos. Casi todos ellos devorados por el mar y quién sabe si por sus peces. Con nosotros se encuentra Jacinto Buen, patrón de la embarcación “Gomero”, que encontró el cayuco en alta mar hace apenas dos horas:

—Los tiburones de esta zona del Atlántico deben de estar gordos como elefantes —dice Jacinto Buen.

JB-2009